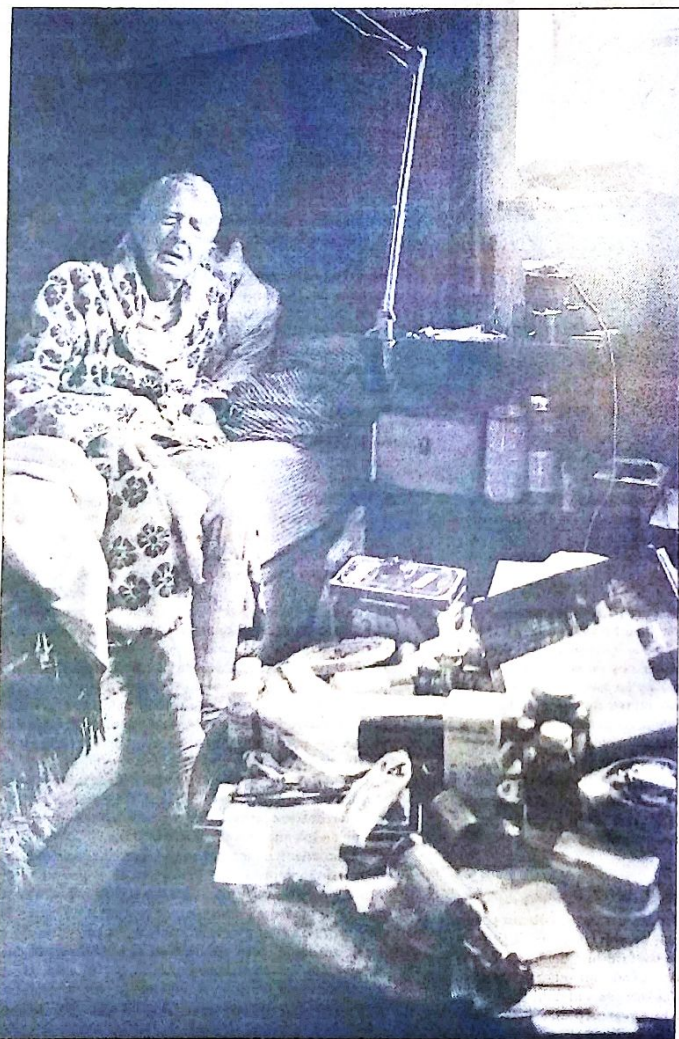




La falla de



Cuando le preguntaron cómo le gustaría pasar sus vacaciones de verano, el hijo de dieciséis años de Libby Holman, una amiga de Paul Bowles, respondió: "Quiero ir a África con Paul Bowles a que me corten la lengua". El muchacho se refería al relato breve más famoso de Bowles, "Episodio lejano", en el que un lingüista estadounidense viaja al Sahara con el propósito de aprender la lengua de cierta tribu nativa, sólo para descubrir que no puede hablarse lengua ninguna sin lengua en la boca. Bowles decía que había escrito éste y otros relatos tras leer transcripciones de los mitos de los aborígenes norteamericanos y decidir que quería "inventar mis propios mitos, adoptando el punto de vista de la mente primitiva. La única manera que se me ocurrió de simular ese estado fue el viejo método surrealista de abandonar el control consciente y escribir cualesquiera palabras que salieran de la pluma". En otras palabras, Bowles partió de la premisa de que la "mente civilizada" —es decir, la mente de Paul Bowles, hijo de un dentista de Queens— contenía, como una especie de substrato, la indiferenciada "mente primitiva" cuyo punto de vista el hijo del odontólogo podía "adoptar", cual si de un expósito se tratara, mediante un sospechoso truco de salón.

La explicación de Bowles sobre su proceso no le resta fuerza ni belleza a "Episodio lejano" ni a sus otros relatos o novelas, pero sí pone de presente lo irritante que casi siempre resulta que los escritores hablen de su propia obra. Mas aún: el relato, el proceso por el cual Bowles asegura haberlo escrito y la reacción ante aquel del joven de dieciséis años sirven para esclarecer el no tan llamativo "punto de vista" de Bowles y de la generación postbélica de pseudoartistas bohemios y hippies pequeñoburgueses a quienes inspiró.

Si no se la mira de cerca, la historia personal de Bowles es atractiva. En 1929, a los diecinueve años, Paul, aburrido tras su primer año en la Universidad de Virginia, echó un carisellazo para decidir entre irse a París y suicidarse. Por suerte para él —sino para nadie más— salió cara. En París conoció a Aarón Copland y se convirtió en su protegido musical. Pasó aproximadamente los siguientes treinta años realizando largos y frecuentes viajes, la mayoría de ellos a lugares del norte de África, de Centro y Sudamérica y del subcontinente asiático en los cuales pocos estadounidenses o europeos habían estado. En los años treinta se afilió al Partido Comunista de los EE.UU. y, bajo los auspicios del Proyecto Federal para el Teatro, de Roosevelt, compuso música para obras escritas o dirigidas por luminarias de la talla de Orson Welles, William Saroyan y Clifford Odets. A todo lo largo de los años treinta, cuarenta y cincuenta siguió siendo solicitado como músico, oficio para el cual se inspiraba en fuentes tan diversas como Igor Stravinsky, música autóctona marroquí y grifos goteantes. Durante la adolescencia había tenido sus escarceos con la escritura creativa, y a finales de los cuarenta escribió una novela titulada *El cielo protector*, que se trataba de dos estadounidenses ricos y carentes de afecto que cumplen un exótico y románticamente terrible sino en el Sahara. Fue un gran éxito de ventas. Continuó escribiendo una cantidad prodigiosa de música y narrativa y siguió haciendo frecuentes y amplios viajes hasta comienzos de los sesenta, cuando la enfermedad de su esposa, la novelista Jane Bowles, lo forzó a radicarse en Tánger. Tánger fue su hogar hasta su muerte en noviembre del año 2001.